

serva ileso el inmaculado honor de nuestro ejército y de nuestra gloriosa bandera.»

Diferentes eran los pensamientos y las ideas del general Oudinot. Los deseos de este eran concluir de una vez con los dominadores de la Ciudad eterna y recibir órdenes más terminantes de su Gobierno, que las que hasta entonces le habían sido comunicadas. Leyó con la calma de la reflexión así el contraproyecto como el *memorandum* de Mr. Lesseps, y exclamó en un arranque de su proverbial honradez: «Jamás firmaré página tan vergonzosa para la «Francia;» y haciendo uso de su autoridad, invitó á Mr. Lesseps á que se presentase á dar explicaciones ante un consejo de guerra convocado para ello.

El historiador Balleydier, cuyas imparciales narraciones nos vienen ayudando para seguir la historia de la sacrílega revolución de Roma nos da los pormenores siguientes acerca de lo acontecido en el consejo de guerra:

Á las cuatro hallábanse reunidos en el cuartel general los generales todos, bajo la presidencia del duque de Reggio, ofreciendo la sesión un carácter grave y solemne en vista de los acontecimientos que se preparaban. No tardó en presentarse Mr. de Lesseps, y su mirada incierta, su embarazado continente probaban claramente que conocía iba á cometer una acción contraria á los verdaderos intereses del país de que era mandatario. Á su vista tomaron un carácter severo y establecióse un profundo silencio; el Ministro plenipotenciario fue el primero en romperlo, y después de exponer la respectiva situación de ambos ejércitos, de leer los varios documentos que servían de base á sus negociaciones, y de haber alegado la carencia de órdenes de parte de su Gobierno, insistió con vigor en la necesidad de esperar y de temporizar. Los generales protestaron contra esta política expectante, y muchos, arrastrados por la franqueza del soldado, manifestaron su indignación con enérgicas expresiones.

La lealtad militar se colocaba francamente entre el honor de la Francia y los fugios de una política antinacional. «¡Esperar! exclamó uno de ellos con reprimida cólera; ¡esto es, esperar la estación de los calores y de las fiebres, que antes de quince días se presentarán en nuestro campamento exigiendo sus víctimas! ¡esperar que la piedad de nuestros enemigos, socorridos con ese aliado inatacable, nos dé por gracia las mortajas para envolver los cadáveres de nuestros soldados diezmados! Bastante hemos esperado, señor ministro; y cuidado de que un día la Francia no os pregunte, como los romanos á Varron, *lo que habeis hecho de sus legiones.*»

El Ministro plenipotenciario contestó:

«Para evitar la mórbida influencia que con razón teméis, ¿quién nos impide hacer retroceder nuestras líneas, trasladar nuestro cuartel general á Frascati, y acampar nuestras tropas en las sanas campiñas de Albano y de Tívoli? ¿Por ventura dejaríamos de ser de este modo los verdaderos dueños de Roma, rodeándola en vez de ocuparla? Si así lo haceis, el Gobierno de la república, que solo desea vuestra entrada en Roma si sois llamados por los habitantes, os dará gracias algún día por haber contribuido con la prudencia de vuestros consejos al triunfo de la verdadera, de la gran política, sin mezcla de mezquinas cuestiones de amor propio personal y de vanagloria.»

El General en jefe tomó á su vez la palabra, y dijo: «Confieso, caballero, que necesitaré de todo mi valor para contestar con sangre fría á tan extrañas palabras, pronunciadas, sin embargo, por labios franceses. Nos preguntais,

caballero, continuó, dirigiéndose al Jefe plenipotenciario, ¿quién nos impide hacer retroceder nuestras líneas, abandonar nuestra base de operaciones por lugares más apartados de Roma! voy á deciroslo: nos lo impide el interés de la Francia, que nosotros también representamos con la espada, al paso que vos creéis representarla con la palabra; la Francia dirá dentro de poco quién entre la palabra y la espada la sirvió mejor. Mientras tanto, el honor del nombre francés, la gloria de nuestras armas, exigen que el pensamiento de la Francia se explique libremente en el Capitolio. Tomar acantonamientos fuera de Roma sería en cierto modo proclamar nuestra impotencia. Circunvalar una ciudad no es hacerse dueños de ella, y no se ocupa verdaderamente hasta el día en que la bandera de la patria ondee en lo alto de su más elevada torre. En cuanto á lo que habeis dicho de lo grande de la verdadera política sin mezcla de mezquinas cuestiones de amor propio personal y de vanagloria, apelamos para el porvenir al juicio de la historia, y para el presente á la decisión de nuestro Gobierno. En tanto, declaro en nombre de todos mis compañeros de armas que nuestra adhesión á vuestros proyectos sería una vergüenza y una cobardía.»

Todos los generales presentes al consejo apoyaron tan enérgico lenguaje, y Mr. de Lesseps, aislado en su *gran política*, se retiró inmediatamente, sin que ni una sola voz se elevase para detenerle. Si el silencio de los pueblos es la lección de los reyes, el silencio de los soldados es también á veces la lección de los diplomáticos.

Durante la noche tuvo lugar una segunda escena no menos violenta. El plazo señalado para la reapertura de las hostilidades iba á espirar, y el General en jefe había dado sus últimas órdenes para ocupar simultáneamente á las tres de la mañana el Monte Mario, el Ponte-Molle, las *villas* Panfilí y Corsini, y la iglesia de San Pancracio; las tropas encargadas de la ejecución de estas varias operaciones esperaban con el arma al brazo el momento de obrar, cuando Mr. de Lesseps suplicó al duque de Reggio que expidiese una contra-orden por exigirlo así el honor de la Francia. Una duda se había elevado en su mente: no había participado por escrito y de un modo bastante preciso á las autoridades romanas la reapertura de las hostilidades, y «en semejante estado de cosas, dijo, un ataque por parte del ejército francés sería considerado por la Europa entera como una sorpresa incompatible con las reglas del derecho de gentes.»

Esta nueva complicación ponía en grave compromiso al general Oudinot, colocado entre dos alternativas sin medio alguno para evitarlas: ó suspender la ejecución de los movimientos cuyo éxito era infalible, ó revelar al ejército, impaciente por salir de su inacción, la existencia de disonancias que habrían podido tener funestísimas consecuencias. Después de una discusión muy acalorada, y á pesar de que por su parte había mandado prevenir á las avanzadas de la continuación de las hostilidades, resignóse generosamente á dar la orden de suspender la ejecución de las medidas que en interés de la gloria militar y nacional acababa de tomar con los diferentes jefes de servicio (1).

Afortunadamente se acercaba la hora de la justicia en que había de caer por tierra el castillo de naipes levantado con el nombre de república romana, para dar paso al derecho, y con él á la paz y tranquilidad tan anheladas.

(1) Balleydier, *Obra citada*, t. II, pág. 125 y sig.

## CAPÍTULO XXXIII.

### CONTINUACION DE LOS SUCESOS DEL SITIO DE ROMA.

— TERMINA LA MISION DE MR. DE LESSEPS.

No era ya posible á los defensores de Roma continuar por mas tiempo en su sistema de resistencia á las tropas francesas, y estaban convencidos, aunque otra cosa manifestasen en sus repetidas proclamas, que el poderoso ejército que sitiaba á la ciudad penetraría en ella y la dominaría, bien fuera por medio de tratados, bien por la fuerza de las armas. La ocupacion del monte Mario, uno de los puntos mas estratégicos que se halla situado detrás de San Pedro, por los franceses fue causa de mucho desaliento para los que se jactaban de invencibles. Como quiera, pues, que Mr. Lesseps hubiese vuelto á Roma el 31 de mayo con el objeto de hacer la última tentativa, y presentase á los triunviros sus últimas proposiciones, estos las manifestaron á la Asamblea constituyente, la que se reunió en secreto, y adoptó en seguida, por mayoría de votos, el tratado siguiente:

«Artículo 1.º El apoyo de la Francia queda asegurado á las poblaciones de los Estados romanos, las que consideran al ejército francés como á un ejército amigo que viene á contribuir á la defensa de su territorio.

«Art. 2.º De acuerdo con el Gobierno romano, y sin mezclarse en nada en la administracion del país, el ejército francés tomará los *acantonamientos exteriores* convenientes, así para la defensa del país, como para la salubridad de las tropas.

«Las comunicaciones serán libres.

«Art. 3.º La república francesa garantiza contra cualquiera invasion extranjera los territorios ocupados por sus tropas.

«Art. 4.º Se entiende que el presente tratado deberá someterse á la ratificacion de la república francesa.

«Art. 5.º En ningun caso podrán cesar los efectos de este tratado, hasta quince dias despues de la comunicacion oficial de la no ratificacion.»

Inmediatamente partió Mr. de Lesseps al campamento, llevando tres copias del desdichado tratado. Llegó á las altas horas de la noche al cuartel general, y en ocasion en que el duque Oudinot de Reggio descansaba vestido en su lecho. Un ayudante de órdenes le anunció la llegada del plenipotenciario. Este entró, y al verse en la presencia del General, exclamó: «Por fin, hemos «terminado,» y sin añadir una palabra mas dió principio á la lectura del tratado; pero al llegar al artículo 2.º y oír Oudinot que el ejército francés tomaría los *acantonamientos exteriores*, saltó de su lecho, siendo tanta su indignacion, que estuvo en poco no tirar de la espada para hacer un escarmiento en el mal diplomático que con tanta facilidad aceptaba la humillacion de la Francia. «¿Sois francés, caballero? le dijo con ira reconcentrada, ¿representais á la Francia, y teneis la audacia de haber sufrido semejantes condiciones? ¿Y os atreveis á traerlas á nuestro campamento?» Mr. Lesseps no contestó palabra: firmó, dejó en la mesa uno de los tratados, y se retiró encolerizado.

El General tomó la pluma y escribió la siguiente carta que la envió á los pocos momentos:

«Señor Ministro plenipotenciario:

«Desde el 17 de este mes habeis paralizado todos los movimientos del cuerpo expedicionario que está á mis órdenes.

«Me pedisteis con instancia que la tregua prometida verbalmente por vos á las tropas romanas se prolongase hasta que el Gobierno enviase su contestacion á los despachos y comunicaciones de que fue portador Mr. de Latour-d'Auvergne, y á pesar de que me hallaba convencido de que tal dilacion era muy perjudicial á las operaciones militares, accedí á vuestro deseo, á fin de evitar entre nosotros hasta las apariencias de un disentimiento.

«Durante todo este tiempo, las tropas romanas han podido dirigirse á todos los puntos que creian de su interés hacerlo, al paso que yo he limitado mis operaciones en la parte del territorio que tiene á Civitavecchia por base. El dia 29 de este mes propusisteis á las autoridades romanas un *ultimatum*, cuyos términos acepté, sin embargo de que algunas de las condiciones que en él mismo se estipulaban estuviesen muy léjos de satisfacerme completamente.

«Aquel mismo dia me escribisteis desde Roma, que, segun todas las probabilidades, el *ultimatum* iba á ser aceptado; y esta noche, contra todas las probabilidades, á pesar de lo que dijisteis anteriormente, me manifestais haber firmado con la república romana otro tratado en el que esperábais que pondría mi firma.

«Semejante tratado está en oposicion formal con las instrucciones que he recibido, y lo creo contrario á la voluntad de mi Gobierno; por lo tanto, no solo no le doy mi asentimiento, sino que lo considero como si no hubiese existido, y así me veo obligado á declararlo á las autoridades romanas.

«Cuando el Ministerio haya manifestado, á consecuencia de la mision de Mr. de Latour-d'Auvergne, sus últimas intenciones, me conformaré á ellas

escrupulosamente; mientras tanto, tengo el sentimiento de hallarme imposibilitado de concertar en adelante mi accion política con la vuestra.»

Al mismo tiempo el General escribió á los triunviros, diciéndoles: «Esta mañana he tenido el honor de manifestaros que aceptaria en cuanto á mí el *ultimatum* que os fue remitido por Mr. de Lesseps en 29 de este mes.

«Con gran admiracion mia, Mr. de Lesseps, á su regreso de Roma, me ha traído una especie de tratado en completa oposicion con el espíritu y las bases del *ultimatum*. Mi conviccion es que al firmarlo Mr. de Lesseps se extralimitó de sus poderes, y como las instrucciones que he recibido de mi Gobierno me prohiben formalmente asociarme á este último acto, lo considero como no existente, y así debo declararlo sin pérdida de momento.»

Vistas las disposiciones de Mr. de Lesseps, para el que es indudable tenían simpatía los dominadores de la Ciudad eterna, los triunviros se gloraban de haber hecho un tratado que seria admitido y ratificado, y que tan conveniente era para ellos cómo humillante para la Francia. Así, pues, la carta del general Oudinot cayó como una bomba entre ellos. Arrebatado por la ira Mazzini, tomó la pluma para contestar al General en su nombre y el de sus compañeros, manifestándole la extrañeza que les causaban las diferencias que habian surgido entre él y el ministro plenipotenciario, y que creían que el tratado, segun ellos, era conforme á la intencion de la Asamblea francesa, y concluía por advertirle que el triunvirato no era responsable de las graves consecuencias que pudiesen resultar, aunque esperaba que todo quedaria allanado pacíficamente.

No habia quien apartase á Mr. de Lesseps de la senda que se habia trazado; y ganoso de que el Gobierno francés aprobase el tratado, se puso en camino para París, no sin haber antes escrito á los triunviros, diciéndoles que la convencion habia sido celebrada en virtud de las instrucciones que tenia, las que le autorizaban á consagrarse exclusivamente á las negociaciones, y á establecer relaciones con las autoridades romanas.

Por su parte, no se descuidó el duque de Reggio, el cual envió á París un general fiel y leal, Regnault de Saint-Jean-d'Angely con una carta para el Gobierno. Á haberse tardado un poco, no hubiera sido necesario este paso, pues que al poco tiempo de haber salido para Civitavecchia aquel general, Oudinot recibió un parte telegráfico en que se le mandaba obrar con energía. Hé aquí ambos documentos:

*Carta dirigida por el general Oudinot al Gobierno francés.*

«Aunque la direccion atribuida á Mr. de Lesseps desde su llegada estuviere en completo desacuerdo con vuestras instrucciones de 8 de mayo y despachos ulteriores, he considerado un deber evitar hasta la apariencia de dissentimiento con un agente que habia recogido el último pensamiento del Gobierno.

«Dominado por semejante consideracion, todavia esta mañana he declarado que estaba pronto á aprobar el *ultimatum* dictado por Mr. de Lesseps en fecha de 2 del actual mes.

«Este diplomático me ha dejado, firmemente resuelto á negarse á todas las modificaciones que quisieran introducirse en dicho *ultimatum*. Esta tarde me ha presentado para que lo firmara el convenio adjunto entre él y el Gobierno de la república romana. Cuando comparo semejante acto con las declaracio-

nes que me habeis encargado hiciera á mi llegada á este país, mi honor y mi razon me prescriben, señor Ministro, que me niegue á suscribirlo. De consiguiente dirijo á Mr. de Lesseps y al Triunvirato las protestas que acompaño de números 1 y 2.

«Conozco, señor Ministro, toda la gravedad de esta nueva situacion. Aguardo que el próximo regreso de Mr. Latour-d'Auvergne debilitará sus consecuencias. Creo que ilustrado vos por este último agente diplomático, me daréis órdenes positivas que facilitarán el cumplimiento de mi mision. Como quiera que las nuevas circunstancias que acaban de producirse son de tanta gravedad, he creído necesario, señor Ministro, confiar al general de division Regnault d'Angely el encargo de enterar de las mismas, tales cuales son, al Gobierno.

«Este oficial general forma parte del cuerpo expedicionario desde su entrada en Italia. El mismo puede tambien ilustraros sobre aquellos acontecimientos en los cuales ha tomado una parte directa. Seguro de que os dignaréis dispensar á sus palabras toda la confianza que ellas merecen, evito entrar aquí en detalles que serian supérfluos.»

El parte telegráfico que un correo llevó al general Oudinot, segun antes hemos indicado, estaba concebido de la manera siguiente:

«El Ministro de Negocios extranjeros al general Oudinot.

«Toda nueva dilacion seria funesta con motivo de la proximidad de la estacion de las fiebres; la via de las negociaciones ha acabado ya; la mision de Mr. de Lesseps queda terminada; confirmamos nuestra anterior comunicacion relativa al general Vaillant.

«Concentrad vuestras tropas, y entrad en Roma luego que el ataque os presente la casi certeza del triunfo.

«Si careceis de medios de ataque, participádmelo inmediatamente.»

Este parte causó una viva alegría al duque de Reggio, el cual hizo llamar inmediatamente al campamento al general Regnault de Saint-Jean-d'Angely, cuya mision carecia ya de objeto. Este militar iba ya á embarcarse para Francia, pero en vista de la orden del Jefe superior entregó las comunicaciones de que era portador á su ayudante de campo para que las llevase á su destino, y marchó á su puesto.

La orden del Gobierno francés fue inserta en la orden del dia, lo que causó un regocijo extraordinario en las tropas.

Sin pérdida de momento, el Jefe del ejército expedicionario puso en conocimiento de los triunviros la terminacion de la mision de Mr. de Lesseps, y las órdenes que acababa de recibir de su Gobierno.

Sin duda fue este uno de los dias mas felices para el general Oudinot, que no deseaba otra cosa que penetrar en Roma, para concluir con el usurpado poder de los que, despues de humillar el poder mas augusto de la tierra, al Vicario de JESUCRISTO, se habian propuesto humillar á la Francia. Desde este momento la accion militar recobraba su imperio y quedaba libre para obrar.

Hé aquí la carta enviada á los triunviros:

«Señores:

«Á las tres de la tarde he recibido la comunicacion en que me manifestais vuestro sentimiento por haberme negado á asociarme al tratado que el se-

ñor de Lesseps, ministro plenipotenciario, creyó deber celebrar con vosotros el día 31 de mayo á las ocho de la noche.

«Los hechos han justificado mi determinacion, y por medio de dos comunicaciones emanadas del ministro de la Guerra y del de Negocios extranjeros, con fecha del 28 y del 29 de mayo, el Gobierno francés me ha declarado lo siguiente: «La via de negociaciones está ya terminada; la mision de Mr. de Lesseps ha concluido.» Luego de recibir semejantes instrucciones manifestélas á Mr. de Gerando, canciller de la embajada, y el jefe de Estado mayor del ejército expedicionario ha encargado á dicho agente diplomático participar oficialmente al Gobierno romano la decision que revoca los poderes de Mr. de Lesseps, y me confiere de nuevo la plenitud de los de un general en jefe.

«Mr. de Lesseps recibió á las diez de la noche el encargo de entregaros la nota de que os incluyo copia.

«Como podeis verlo, en ella declaraba, señores, que en caso de que pasasen veinte y cuatro horas sin haber sido aceptado el *ultimatum* de 28 de mayo, el ejército francés recobraría toda su libertad de accion.

«Como á las cinco de la tarde no hubiese aun recibido contestacion alguna, escribí aquel mismo día á Mr. de Lesseps:

«*No os olvideis de anunciar inmediatamente el fin del armisticio, en caso de que no obtengais sin dilacion una solucion pacífica conforme en un todo con la comunicacion del 23 de este mes.*

«Inmediatamente despues del recibo de los partes telegráficos mencionados, he mandado prevenir á las avanzadas romanas, que la tregua consentida verbalmente por Mr. de Lesseps habia espirado, y que cesaba en un todo la suspension de las hostilidades.

«Á las tres y media del día 1.º de junio de 1849, encargo al canciller de la embajada que tenga el honor de haceros esta nueva comunicacion.— El general en jefe, Oudinot de Reggio.»

Creí de su deber el bravo Duque manifestar sus intenciones al General del ejército romano, y lo hizo en los breves términos siguientes:

«GENERAL. Las órdenes de mi Gobierno son positivas, y me mandan penetrar en Roma lo mas pronto posible. He anunciado á las autoridades romanas la conclusion del armisticio verbal que, á instancias de Mr. Lesseps, consentí en otorgar momentáneamente; además he mandado prevenir por escrito á vuestras avanzadas, de que ambos ejércitos tenían el derecho de abrir de nuevo las hostilidades. Sin embargo, cediendo á la peticion del canciller de la embajada de Francia, y para dar á aquellos de nuestros nacionales que deseen salir de Roma el tiempo necesario para poderlo hacer con facilidad, difiero hasta el lunes el ataque de la plaza.»

El general Roselli apenas se hubo enterado de la anterior comunicacion, pidió un armisticio de quince días al General del ejército francés, que se negó á ello. Ponia por pretexto la necesidad de oponerse á la marcha de los austríacos sobre Roma. El general Oudinot dijo que las tropas austríacas no pasarían su línea, y encargó al canciller de la embajada francesa que previniese á las personas que desearan salir de la ciudad que encontrarían en el monasterio de San Pablo un asilo seguro.

Nada podia ser mas sensible para un general de sentimientos cristianos, cual lo era el duque de Reggio, que tener que valerse de la fuerza para penetrar en Roma. Aquella ciudad, metrópoli del Catolicismo, está cu-

bierta de preciosos y magníficos monumentos, recuerdos unos de lo que era en la época en que dominaba al mundo, siendo señora de las naciones y corte de los mas poderosos emperadores, y manifestacion otros de la piedad cristiana que ha aglomerado inmensas riquezas en la afortunada ciudad elegida en los decretos de la Providencia para residencia de la cátedra universal, de la que ha emanado la civilizacion de los pueblos. Allí se destaca entre millares de monumentos la grandiosa cúpula del Vaticano, que al ser iluminada en las grandes solemnidades de la Iglesia parece la gran corona del Catolicismo. Allí la inspiracion cristiana ha brotado esas obras gigantescas de las artes que son la admiracion de naturales y extranjeros. No hay un objeto en Roma que no encierre un recuerdo, que no contenga una belleza. Roma sin el Pontificado presenta el aspecto de una reina destronada, porque en ella no podrá jamás lucir con gloria una corona. Necesita mas, y por esto se le han destinado tres coronas, que solo pueden sostener las sienas del Vicario de JESUCRISTO. ¡Qué triste papel han hecho allí y harán siempre los poderes usurpadores! Mil reflexiones se aglomeran á nuestra mente en los tristes momentos en que escribimos, cuando un poder extraño se levanta en la Ciudad eterna, en tanto que el sucesor de Pedro, el legitimo monarca de aquel territorio, aquel á quien fue concedido todo poder en el cielo y en la tierra, se halla rodeado por un círculo de hierro, ocupado en orar, como oraba Pedro entre las cadenas, como oraba JESUCRISTO en el huerto y en la cruz, por sus implacables enemigos. Pro IX sigue impávido y con frente serena el camino de su Calvario. Dios le ha concedido una longevidad extraordinaria, burlando los cálculos humanos, y tal vez le reserva para que vea antes de subir al templo de la inmortalidad la confusion de sus enemigos, que son los enemigos de Dios y de su Iglesia.

Decíamos que para el duque de Reggio debería ser sensible el verse en la precision de hacer armas contra Roma, donde la artillería podia causar sensibles destrozos en sus grandiosas obras de arte; pero mas sensible era dejar la ciudad en poder de aquellos hombres sin fe y sin religion, que á seguirla dominando hubieran causado mayores estragos que la mas poderosa artillería. Por esto, porque así lo exigia la dignidad de su ejército, porque en este estaban fijadas las miradas del mundo cristiano, se llenó de regocijo al verse libre por la orden de su Gobierno para obrar con energía en su mision de librar á Roma de la demagogia que de ella se hallaba apoderada.

El ejército francés obraba con gran actividad, y sus movimientos eran observados por los romanos desde lo alto de los muros de la ciudad.

El sitio se hallaba establecido en toda forma, y se vigilaba para que no pudieran penetrar víveres en la ciudad.

La reapertura de las hostilidades fue anunciada á los romanos por los triunviros en los siguientes términos:

«CIUDADANOS: El general Oudinot, no solo se ha negado á adherirse al tratado celebrado entre nosotros y el enviado extraordinario de Francia, sino que nos ha anunciado la cesacion del armisticio y declarado á su ejército libre para atacarnos.

«Suceda lo que suceda, los romanos harán su deber y nosotros el nuestro: Dios y el pueblo nos han dado ya la victoria en una primera lucha con el hombre que nos amenaza; Dios y el pueblo nos la darán ahora.» ¡Aquellos hombres tenían el atrevimiento de profanar el nombre de Dios haciéndolo inter-